

NOTAS

Sobre la Primera Generación Criolla en Hispanoamérica (1564-1594) *

Pupilas americanas que contemplan la realidad americana. Y más: pupilas que contemplan amorosamente. Los hombres de esta generación ya tienen voz con mandato de patria. Ven y sienten como propias las cosas de América. Hablan y discurren de otro modo. Condimentan y saborean de nuevas maneras sus manjares. Se forman una distinta cosmovisión. Son los que crean una modalidad nueva del convivir hispánico: son los primeros criollos.

Negar que existían tales diferencias desde estos precisos años es desconocer la época. Las observa en temprana fecha el sabio Sahagún. En su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, terminada en 1568, decía: “los que en ella nacen, muy al propio de los indios, en el aspecto parecen españoles, y en las condiciones no lo son... y esto pienso que lo hacen el clima o constelaciones de esta tierra”. Y llevaba razón el perspicaz observador. Era, en efecto, el clima: en parte el geográfico y aún más el social. Y eran las constelaciones de la tierra, es decir, el paralelo y meridiano exactos desde donde el criollo miraba al mundo. Todo eso era justamente lo que impartía y sigue impartiendo al hombre nacido en

* El bosquejo de esta generación es parte de un estudio titulado *Esquema generacional de las letras americanas*. Ese estudio es el resultado de una serie de conferencias que dicté, en julio y agosto del presente año de 1960, en la Universidad de los Andes y en el Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá. Al redactarlo sobre los apuntes taquígraficos tomados en aquella ocasión, le ha quedado al estilo mucho del sabor de lo hablado. Léanse estas páginas, pues, como fijación en letra de molde de lo que fue comunicación verbal.

América su condición de criollo. Observan lo mismo otros españoles durante los años de esta generación. Entre 1571 y 1574 el geógrafo Juan López de Velasco, en viaje científico por América, objetivamente consigna: "Los que nacen de ellos, que llaman criollos, y en todo son tenidos y habidos por españoles, conocidamente salen ya diferenciados en el color y el tamaño . . . y no solamente en las calidades corporales se mudan, pero en las del ánimo suelen seguir las del cuerpo, y mudando él se alteran también." Y en 1591, Juan de Cárdenas, médico sevillano residente en México, declara ya enfáticamente: "No hay hombre, por ignorante que sea, que luego no eche de ver cuál sea gachupín, y cuál nacido en Indias". Advierta el lector, de paso, que los testimonios citados son de tres hombres de ciencia: antropólogo, geógrafo, médico. Existía, pues, en estos años, una realidad humana distinta. Y para llamar a esa nueva realidad se buscó una palabra apropiada. Mediante un significativo cambio semántico, desde entonces se empezó a emplear con ese fin la palabra *criollo*.¹

Si ha habido los que han negado que en esa época existiese ya una conciencia americana, hay también los que, yéndose a la otra banda, piensan que esa conciencia es lo opuesto de lo español. Si aquellos pecaban por carta de menos, éstos pecan por carta de más. Lo criollo no es lo opuesto a lo peninsular, sino adaptación idónea de lo peninsular a las nuevas circunstancias americanas. Acudo otra vez a la metáfora del mundo vegetal. Los españoles trasplantan su cepa. En América —otra tierra, otro clima, otras constelaciones— florece y se fecunda cruzándose con el polen de las plantas que crecen acá. Los frutos que da nacen variados ya en tamaño, color y sabor. Pero esos frutos, y las cepas que provengan de esos frutos, seguirán perteneciendo al mismo género botánico. El latinista Henríquez lo sabía muy bien, y en 1679 lo dice en definición insuperable: "Patria Indus, genere Hispanus". Ahora bien, metáfora a un lado, es obvio que a nadie se le ocurrirá pensar que la relación de lo criollo a lo peninsular es de carácter botánico. Lo que resulta menos obvio es que la relación tampoco es de carácter biológico y menos aún de carácter racial. El término criollo conlleva una significación cultural. No tiene que ver con pigmentos a flor de piel, sino con matices íntimos de un modo de ser. No es medida de superficie, sino de profundidad. Volviendo, pues, a la metáfora, los criollos somos las cepas que en cultura

¹ El lector hallará las fuentes, la explicación del cambio semántico y otros datos sobre la trayectoria histórica del término en el artículo "Criollo: definición y matices de un concepto", recogido en mi libro *Certidumbre de América*, La Habana, 1959, págs. 9-26.

americana fue dejando la cepa cultural española en fecundo cruce cultural con cepas de acá.

Ahora que sabemos precisamente lo que somos, lo que no somos y desde cuándo lo somos, procedamos a bosquejar lo que a las letras da esta primera generación de criollos. Desde luego, éstos también escriben crónicas. ¡Pero cuán distinta su cosmovisión, y por tanto sus crónicas, de las que nos dejaron las dos generaciones anteriores! Juan Suárez de Peralta (d. 1537-d. 1590), fray Diego Durán (1538?-1588), Blas Valera (1538-1598), el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) y Juan de Tovar (1543-1626), son los más notables. Todos han nacido en América, y ésta es su tierra, ésta es su patria. Oigamos el tenue temblor, de orgullo y ternura, que hay en la voz de Garcilaso cuando nos dice, en el "Proemio" de sus *Comentarios reales*, que los escribe "forzado del amor natural a la patria", o cuando, a las pocas páginas, declara que nació "ocho años después que los españoles ganaron mi tierra". Y así por todo el libro—uno de los indisputados clásicos de la prosa castellana. Pero si nos contentásemos con sólo estas declaraciones explícitas, nos quedaríamos todavía en la superficie. Detrás de las frases "la patria" y "mi tierra" hay una nueva manera de mirar al mundo, estructurándolo con América como centro; hay un perentorio propósito de divulgar un patrimonio cultural sentido desde la raíz del ser, hay un rechazo de las inexactitudes en que incurrieron los cronistas extranjeros, que miraban desde fuera y no desde dentro; hay una distancia infranqueable entre su concepto del hombre y el que tenían los cronistas anteriores; hay, en fin, tras la transparencia de su palabra renacentista, una neblina de ternura y nostalgia que empapa el pensamiento mismo. Y todo esto no sólo en la selección, interpretación y exposición de los hechos históricos, sino también en los cuentos y anécdotas con que adorna el relato. El carácter esquemático de este ensayo me excusa de entrar aquí en pormenores que he analizado en otra parte.² Baste con que el lector sepa que ésa es la pupila con que mira Garcilaso. Y, generalizando ya, que esa pupila nos da la exacta medida para fabricarnos la lente con que hemos de ver, si queremos no sacarlos de foco, a los escritos de los demás hombres de esta generación. Y a los de las generaciones por venir, pues de ahora en adelante todas serán criollas, cada vez más criollas...

El criollismo en profundo de todos estos cronistas se manifiesta con igual fuerza en el *Tratado del descubrimiento de las Indias... y del su-*

² En el artículo "Hombre y mundo en dos cuentos del Inca Garcilaso de la Vega". (*Certidumbre de América*, págs. 51-60).

ceso del Marqués del Valle, de Juan Suárez de Peralta. Y lo más significativo es que se manifiesta aun cuando el autor trate de ocultarlo. Suárez de Peralta simpatizó con el grupo de jóvenes criollos que quisieron "levantarse con la tierra" y dar el trono de la Nueva España al hijo de Hernán Cortés. Sabido es que los jefes de la conjura acabaron rindiendo el cuello a la cuchilla del verdugo y sus cabezas expuestas en la picota. Pues bien, en la crónica de Peralta, que iba resultando otra de tantas, súbitamente surge un narrador de primer orden cuando comienza a relatar el boato y gallardía de las fiestas con que se recibió a Martín Cortés, y los pasos de la rebelión hasta rematar en el trágico desenlace que le costó vida y hacienda a los hermanos Alonso y Gil González de Avila. Su simpatía por sus paisanos se trasluce a costa de traicionar el propósito que le llevó a escribir el libro, que era obtener mercedes de la corona. Y el estilo se empapa de las lágrimas que aquellos sucesos le provocan. Su fibra criolla, hondamente conmovida, es la que da elocuencia, patetismo y dramaticidad a la narración. Y en este caso, como el asunto dista de los que trata Garcilaso, queda visto que no es cuestión del tema que cada cronista escoja o deje de escoger, sino cuestión de la pupila con que mire los hechos y la posición en que se sitúe ante ellos al narrarlos.

Lo que se observa en Garcilaso y los otros cronistas se hace más evidente aún en los criollos que ahora escriben para el teatro. Debo explicar la razón. Mi frecuente trato con el género dramático me ha llevado a observar que éste es uno de los géneros literarios que con mayor exactitud registra los sentimientos y anhelos de una generación.³ Y si actúa a modo de excelente barómetro del clima social, se debe a que el teatro es, en última instancia, un diálogo entre el autor y su público. Ese público no es una entelequia. Es un grupo de personas congregadas en un lugar determinado, en un momento determinado, que críticamente aprueban o rechazan la visión que el autor les presenta. El autor debe, pues, captar con justeza la imagen que de sí mismo tiene el hombre en ese lugar y en ese momento histórico. Mientras más hondo cale, más satisfará al público y más universal será. Porque lo universal consiste en tocar raíz, no en andarse por las ramas. Y la raíz requiere tierra. Pues bien, tan pronto como los criollos tienen raíz y tierra propias, surge el

³ Esta observación la veo confirmada donde menos lo esperaba: en el libro titulado *Science and the Modern World*, del filósofo inglés A. N. Whitehead. Allí encuentro lo siguiente: "It is in literature that the concrete outlook of humanity receives its expression. Accordingly it is in literature that we must look, particularly in its more concrete forms, namely in poetry and in drama, if we hope to discover the inward thoughts of a generation". (Cambridge, Mass, 1933, págs. 93-94).

teatro que he llamado —porque la realidad histórica y la aparición del término en ese preciso momento me autorizan a hacerlo— el teatro criollo.⁴

Tres son los autores de esta generación que dialogan con su público. Cronológicamente el primero es Fernán González de Eslava (1534-ca. 1600). Nació en España, pero se educó, se acriolló y se ordenó de sacerdote en México. Para deleite y edificación de sus feligreses escribió loas, entremeses y coloquios entre 1567 y 1600. En ellos nos dejó un amplio mural —los mexicanos siempre han sido grandes muralistas— de aquella sociedad. Por su obra nos enteramos de consagraciones de obispos, construcción de fuertes, festejos en celebración de victorias, y también de la pestilencia que azotó a los naturales, las quejas por las agobiantes leyes suntuarias, la presencia de curanderas y jugadores, y hasta el estado de la lengua en esa época. Su obra es una inagotable fuente de informes para el historiador, el sociólogo, el lingüista, el antropólogo, y sabrosa lectura para el crítico literario. Y aún más: llega a diferenciar alegremente a las generaciones. Lo hace así cuando nos habla de conquistadores, hijos de conquistadores y nietos de conquistadores. O cuando traza, en rápida caricatura, el perfil orgulloso de una criolla que le dice al marido gachupín:

¡Qué marido y qué señor!
maridillo de nonada,
mirá quien es mi dolor
para estar con él casada
hija de conquistador.

El segundo es el dominicano Cristóbal de Llerena (ca. 1540-1610). En 1588 compuso un entremés que resulta signo y cifra de los sentimientos, aspiraciones y preocupaciones de un criollo ante el desgobierno y explotación de su tierra. La fuerza de su sátira fue tal que la representación del entremés le valió al autor tener que exilarse a tierras vecinas. ¡Qué mejor prueba, que en tan temprana fecha sufriera el destino de los que en nuestra América señalan con el dedo a los esquiladores de la patria!

El tercero es un sacerdote de los que, sintiéndose carne y sangre de su pueblo, miran a sus hermanos con enternecidas entrañas de buen pas-

⁴ Cf. mi libro *El teatro de Hispanoamérica en la época colonial*, La Habana, 1956, págs. 40 y 58-71.

tor. Fue paisano de los curas patriotas Hidalgo y Morelos. Se llamó —y su nombre suena a puro pueblo— Juan Pérez: Juan Pérez Ramírez (1545-?). Hijo de conquistador, versado en las lenguas náhuatl y latina, versificó en lúcido español una égloga pastoril a lo divino que llamó *Desposorio espiritual entre el pastor Pedro y la Iglesia Mexicana*. Corteses y sencillos parabienes al pastor Pedro, o sea el arzobispo don Pedro Moya de Contreras, cuya consagración celebra. Pero allí también la nota criolla: su orgullo, apenas asordinado, al mencionar la Laguna Mexicana; su amor, hondamente sentido, al referirse a sus compatriotas recién ingresados en la grey cristiana:

Betis, Ebro, Tajo y Duero
y otras corrientes a una,
viendo tal pastor y apero,
tendrán, a lo que yo espero,
envidia de la Laguna;
 porque allá es apacentado
ganado bien enseñado,
y acá, según habéis visto,
está con sangre de Cristo
todo recién almagrado.

En cuanto a la lírica, son tantos los poetas, americanos y españoles, que ahora escriben en América, que aparece ya una antología, titulada *Flores de varia poesía*, fechada en México en 1577. Con los poemas allí recogidos y otros muchos que se conservan, puede pintarse un ameno bodegón de la flora y la fauna de América — inclusive la humana. Y en relación a esa fauna humana, por tertulias y mentideros circula un conocido soneto anónimo, de origen manifiestamente criollo:

Viene de España por el mar salobre
a nuestro mexicano domicilio
un hombre tosco, sin algún auxilio,
de salud falto y de dinero pobre.
 Y luego que caudal y ánimo cobre,
le aplican, en su bárbaro concilio,
otros como él, de César y Virgilio
las dos coronas de laurel y roble.

Y el otro, que agujetas y alfileres
vendía por las calles, ya es un conde
en calidad, y en cantidad un Fúcar.

Y abomina después el lugar donde
adquirió estimación, gusto y haberes:
¡y tiraba la jábega en Sanlúcar!

En la misma vena satírica, diciendo perrerías de criollos y españoles por igual, escribía un poeta peninsular, a quien encontramos en Tucumán, en Lima y finalmente en México. Se llamaba Mateo Rosas de Oquendo (1559? - d. 1621). Su obra, de sátira amplia y regocijada, merece que se reúna y se estudie. En ella mira a la realidad con la lente heroica vuelta al revés. Y modifica muchas perspectivas.

Firmemente instalado en una perspectiva heroica, otro poeta español, Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594), canta uno de los postreros episodios de la Conquista. Ercilla posee el tono épico y el impulso poético que le faltó a Juan de Castellanos. Y *La Araucana* gana inmediatamente la admiración de los lectores contemporáneos. Los viejos, los de la anterior generación, se entusiasman con el inesperado hallazgo. Ahora bien, cuando intentan imitarla, ruidosamente fracasan. En cambio los jóvenes, los de su generación y los de la próxima, lo tomarán de modelo y seguirán, con distinto éxito y variedad de temas, por la brecha épica que su pluma señala. Estos bardos son, en su generación, Martín del Barco Centenera (1535-1605) y Hernando Alvarez de Toledo (1550-1633). Y en la próxima, Balboa, Balbuena, Oña, Hojeda y otros más. Tal comportamiento se presta a una reflexión. Pienso que las generaciones son como las estrellas, que inclinan, pero no obligan. Cada escritor es único. Pero vive en un determinado horizonte intelectual que influye, de mil maneras sutiles pero decisivas, en sus procesos de creación. Si Ercilla hubiese vivido 60 años antes, acaso hubiera escrito de la conquista como Las Casas, Oviedo o Cortés. Afortunadamente, se une a una generación que ya no debate el derecho a esclavizar al indígena. Al contrario. No sólo respeta la integridad humana del indígena, sino que ha llegado a sentirla como suya propia. *La Araucana* y los *Comentarios reales*, las dos obras cumbres de esta generación, se fundan en una misma cosmovisión generacional. Aunque apuntan con armas distintas, Ercilla y Garcilaso dan en el mismo blanco: la dignidad del indio. Por eso ambos lo enaltecen, uno divulgando la rica cultura de los incas, el otro cantando la nobleza y valentía de los araucanos. Tuvo suerte Ercilla. Marchando al

frente de una generación poética y patriótica, pudo en tal coyuntura fundar, aun sin ser americano, la tradición poética y patriótica del pueblo chileno. Lo cual vendría a demostrar que las generaciones, aunque no obligan, sí inclinan.

Hay otros escritores. Entre ellos se destaca un grupo de cronistas españoles: fray Pedro de Aguado (1538 - d. 1589), el padre José de Acosta (1539-1600), fray Martín de Morúa (? - d. 1616), Ruy Díaz de Guzmán (1554? - 1629?). Como no escribo una historia, sino que trazo un esquema, escogeré a Acosta y a Morúa para destacar notas generacionales. Dice el padre Acosta:

Lo mismo ha acaecido en otras cosas, que pensando los nuestros que todo es superstición, han perdido muchas memorias de cosas antiguas y ocultas que pudieran no poco aprovechar. Esto sucede de un celo necio, que sin saber, ni aun querer saber, las cosas de los indios, a carga cerrada dicen que todas son hechicerías, y que éstos son unos borrachos, que qué pueden saber ni entender.⁵

Lo que le ha sucedido al padre Acosta es que, en su larga residencia entre criollos, su pupila se ha acomodado a mirar con la misma visión con que veían los criollos. A estas alturas no debe sorprendernos que nos dé una imagen de América observada desde América. Ni debe extrañarnos que, sin hacer caso a Aristóteles, se mofe de las ideas geográficas según las cuales, hallándose Acosta en las antípodas, cuando "había de arder todo y ser fuego, yo y todos mis compañeros teníamos frío". Ni que, sin hacer caso a los bíblicos mitos de la creación, se pregunte risueñamente cómo pudo haber pasado a América tanto animal desconocido que no estuvo en el Arca de Noé. Y más aún: que discurra sobre el origen del hombre americano en los siguientes términos:

Tengo para mí que el Nuevo Orbe e Indias Occidentales no ha muchos millares de años que las habitan hombres, y que los primeros que entraron en ellas, más eran hombres salvajes y cazadores que gente de república y pulida, y que aquellos aportaron el Nuevo Mundo por haberse perdido de su tierra o por hallarse estrechos y necesitados de buscar nueva tierra, que hallándola, comenzaron poco a poco a poblarla...⁶

⁵ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, México, 1940, lib. VI, cap. 7, pág. 461.

⁶ *Ibid.*, lib. I, cap. 24, pág. 89.

Al mercedario Martín de Morúa podrá acusársele, como lo hace el indio Huaman Poma de Ayala, de ser demasiado inclinado a "ajuntar doncellas". Pero no de que no sepa ni quiera saber las cosas de los indios. Dado su estado, quizá hasta supo más de la cuenta. Como bien apunta Porras Barrenechea, editor de su *Historia del origen y genealogía real de los reyes incas del Perú*, "el deleite preferido de Morúa es referir costumbres y ritos de amor. El eterno femenino le atrae tentadoramente y su atención regresa con frecuencia a tratar del sexo bello, y con más seducción de las Vírgenes del Sol y de las ñustas recogidas para el Inca". Pues bien, llevado de esa inclinación, al final del libro nos regala con la leyenda de una ñusta hija del Sol que se enamora perdidamente de cierto pastor. Y narra la leyenda en una prosa que combina cierto sabor de novela pastoril con intencionados elementos que disonarían en un ambiente de pellicos, caramillos y zampoñas. Si Ricardo Palma hubiera vivido en estos años no hubiera escrito de otro modo esta poética y encantadora tradición.

Y ahora dos o tres pinceladas más para terminar el boceto de esta generación. La primera agrega un tinte económico. La rebelión de los Avila se debió a que Felipe II ordenó que las encomiendas dejaran ya de ser hereditarias. Las oligarquías de hoy no proceden, pues, de los conquistadores y colonizadores que "ganaron la tierra". Y todavía en la gama de los matices económicos, en 1574 España sufre su segunda bancarrota. Los efectos no han de tardar en llegar: en 1581 se declaran independientes los Países Bajos; en 1588 la Armada Invencible es vencida. Desde entonces España pierde para siempre la iniciativa en los mares y su inmenso imperio empieza a caer, pedazo a pedazo, en manos de ingleses, franceses y holandeses. Esta generación, por tanto, presenció la alborada de América. También el inicio del ocaso de España.

Con color de alborada, una pincelada espiritual. Aparecen ahora los dos primeros santos de ejecutoria americana. Ambos vinieron de España a derramar en estas tierras su cristiana caridad: Santo Toribio de Mogro-vejo (1534-1606) y San Francisco Solano (1549-1610).

Y sólo un trazo más, que perfila claramente el contorno. Hasta esta generación han predominado las corrientes renacentistas. La próxima generación, ahora lista para subir al tablado, entrará a actuar con un estilo distinto. Ese estilo afectará a todas las artes y aun a la manera misma de encarar la vida. Está al empezar el largo predominio del barroco.

JOSÉ JUAN ARROM

Yale University

